



ANEXO nº 4

APRENDIENDO A VIVIR CON FRANCISCO DE ASIS

Aprender a vivir.

¡Qué importante se ha vuelto, qué urgente, *aprender a vivir!* Cuando nacemos y nos dan la vida ponen entre las manos un regalo, grande y misterioso a la vez; al mismo tiempo, con la vida se nos concede un tiempo, más largo para unos que para otros, para aprender a desarrollar, desplegar y manejar el regalo de la vida. ¡No es fácil aprender a manejar la vida en su hermosa y a la vez extraña complejidad!

En la vida nos enseñan y aprendemos muchas cosas: a andar, a hablar, a distinguir las personas y las cosas, a conocer a Dios... Padres, educadores, amigos, familia, Iglesia... todos se empeñan en enseñarnos muchas cosas y nunca agradeceremos bastante ese empeño en enseñarnos para *acertar en la vida*.

Aun así y a medida que pasan los años, quizá nos queda la sensación de que tal vez nadie nos ha enseñado a vivir. Aprendemos aspectos parciales de la vida, pero lo que es aprender a vivir en su complejidad, a manejarse en ella, en todas sus idas y venidas, en todos sus vericuetos... Eso es otra cosa. Existen “especialistas”: en una ciencia, en una disciplina, en una determinada enfermedad, historiadores expertos en una época de la historia, profesores especialistas en un aspecto concreto de la antropología o la psicología o incluso de la teología o de la Biblia... “Especialistas”, que dominan cada vez aspectos más concretos, más pormenorizados, pero por ello, corren el riesgo de no abarcar la totalidad; no afrontan (¡no lo pueden hacer!) el todo misterioso de la persona humana.

Aprender a vivir, y hoy lo vemos como nunca, es una asignatura pendiente. Sin querer caer en una visión negativa, pocos son los que de verdad logran desplegarse total e integralmente en la vida, pocos los que logran manejarse en la vida con soltura, sin reduccionismos, con amplitud. Siendo un regalo, un gran regalo, a veces, en determinadas fases y momentos de la vida, terminamos por hacer del regalo un problema: “¿y qué hago yo con esta vida?”.

Es verdad que suele haber también entre nosotros personas que pronto aprenden la “sabiduría de la vida”, saben colocarse bien ante ella, se manejan bien. Encontrarse con estas personas es una suerte y hay que serles agradecidos. Pero también se da otra clase de personas, que siendo grandes especialistas en un determinado aspecto de la vida, un “fuera de serie” (pensemos en un gran empresario, un eminente profesor...), estos mismos aparecen a veces totalmente desarmados cuando se trata de situarse en la vida y conducirla (pensemos en la dificultad que tienen en la relación, o en la forma de situarse ante una crisis...).

La vida es un don que se nos entrega al comienzo para que aprendamos a manejarla ella y para que aprendamos a desarrollarla. El sentido de la vida es precisamente aprender a desmenuzar el “misterio de la vida”: acogerla, desplegarla, ofrecerla...

Edith Stein escribió: “cada día empiezo una vida nueva y cada noche es como el fin de mi vida”. Aprender a vivir es aprender a devolver: cada día nos recibimos de Dios y cada día devolvemos el regalo a Dios. Al final, devolveremos la vida a Dios, de quien procede toda la vida. Porque al fin de cuentas, aprender a vivir es aprender a devolver, aprender a morir.

Con Francisco de Asís.

Aunque parezca curioso, anacrónico para algunos, Francisco de Asís es un buen “maestro de la vida”, que nos puede ayudar a manejarnos bien en los vericuetos de la vida, porque él, como pocos en la historia, supo situarse correctamente ante el misterio de la vida. Se vive una sola vez y por desgracia aquí “no hay ensayo general” como en el teatro; por ello resulta importante dar con las claves del vivir, del desplegarse.

¿Por qué aprender de Francisco de Asís precisamente? Porque cuando uno se acerca a Francisco sin prejuicios encuentra en él el “modelo” de lo que uno quisiera hacer con la vida; no para repetir lo que él hizo, sino para aprender la filosofía de fondo que le conducía, las razones de su estilo.

Es curioso pensar que siendo Francisco de Asís un hombre tan medieval, resulta, sin embargo, tan llamativamente moderno; siendo un hombre “tan de Dios” y de Jesús y del Evangelio, Francisco aparece al mismo tiempo tan del hombre, humano, familiar; algo tenía este hombre que siendo tan pobre, aparece siempre tan “rico”, tan lleno de vida, de vitalidad; algún secreto escondía la vida de Francisco de Asís, que siendo enfermo toda la vida, abundaba en la alegría y gozo profundos. Pero lo que verdaderamente llama la atención de Francisco es que, siendo el hombre del canto a la vida y a la naturaleza, afronta la muerte cantando y la llama “hermana muerte”: *“Loado seas mi Señor por nuestra hermana la muerte corporal...”* (Cánt 12).

Dicen que en una ocasión preguntaron a un famoso escritor: “¿Con quién desearía usted pasar una noche”? Y cuentan que de forma sorpresiva y sin titubear respondió: “Con Francisco de Asís”. Es que Francisco tiene esa fascinación que deja mudo al mejor hablador; posee Francisco ese atractivo de los grandes hombres, de los que han acertado en la vida con la vida. Francisco resulta una gran paradoja siempre, porque sin tener nada, lo tiene todo; sin pretenderlo, llega a los extremos de la tierra y de la historia; siendo un indocto, sin cultura, ofrece las claves de lectura de una vida bien planteada a cualquiera que se acerca a él.

Cuando se conoce a Francisco de cerca aparece en él eso que algunos llaman “síntesis de contrarios”: muy de Dios por una parte y totalmente humano, fraterno al mismo tiempo; pobre como el que más, despojado, y admirado por personas de todos los tiempos; original e independiente en sus posturas y gestos, sometido sin embargo a la voz y dictado de sus hermanos; crucificado y dolorido por sus propias enfermedades y por las experiencias de la vida, y cantor incansable de la gracia y de la vida; “tocado” y herido por la vida, y reconciliado y pacificado por dentro; cantor de la naturaleza, del cosmos, de la vida... y anhelando la gran liturgia del cielo..., muy de la fraternidad, rodeado de amigos y de hermanos, y muy solitario al mismo tiempo, muy “él mismo”, sujeto de su historia y de sus opciones.

Francisco de Asís es también hoy luz en nuestro camino, porque precisamente nosotros no acabamos de aprender a hacer como él; es más, puede incluso, sucedernos al revés: ansiamos vivir la vida, pero la reducimos a tener determinadas cosas y sensaciones; vivimos rodeados de gente, pero nunca las personas se han sentido tan solas; con grandes medios y modos de comunicación, pero nos percibimos bloqueados, con grandes dificultades para relacionarnos; con abundancia de cosas y nunca tan insatisfechos...

Aprender a vivir con Francisco de Asís es atreverse a plantear la vida con originalidad, sin ceder a la tentación de la periferia, centrando bien el corazón en lo único que puede merecer la pena: en ese amor revelado, manifestado y encontrado que seduce y sintetiza toda vida.

Porque lo que verdaderamente da sentido a la vida no son nuestras ideas y convicciones; lo que da sentido son nuestros amores. Cuando uno da, como Francisco de Asís, con “el amor loco de Dios”, entonces la vida se vuelve don y canto, agradecimiento y ofrecimiento para los demás.

“COMENZAR”

“Comencemos, hermanos, poco es lo que hemos adelantado” (1Cel 103)

“Comencemos, hermanos”

Los biógrafos cuentan que estando Francisco muy desgastado y faltándole poco tiempo para su muerte, después de toda una vida dedicada a su Señor con la calidad y radicalidad que sabemos, exclamó: “Comencemos, hermanos, a servir al Señor Dios, pues escaso es o poco lo que hemos adelantado” (cf. 1Cel 103).

“Comencemos, hermanos” es una frase que en nuestra familia franciscana la usamos con frecuencia; se usa a veces para iniciar un documento de una asamblea o Capítulo; también la emplean, sobre todo nuestros superiores, en alguna carta o escrito dirigido a los hermanos, cuando quieren remarcar la necesidad de seguir trabajando sin complacencias algunos aspectos de nuestra vida; la empleamos también con familiaridad cuando alguno de nosotros se ufana de lo que ha hecho o ha logrado y no obstante le recordamos: “Comencemos, hermanos...”

“Comencemos, hermanos” es una frase hecha de Francisco de Asís, pero es, sobre todo, un modo de entender la vida como comienzo continuado, como humildad, como modo de reconocer que amar, lo que se llama amar, nunca lo acabamos de hacer totalmente bien; como modo de reconocer que por mucho que se haga, no se ha llegado a la meta. “Comencemos, hermanos” es un capítulo importante de la espiritualidad franciscana.

El amor que sobrepasa

Cuando alguien nos dice y recuerda que tenemos que seguir insistiendo porque “hasta ahora poco o nada hemos hecho” no lo solemos encajar del todo mal, porque casi siempre y casi todos tenemos impresión de poder más, de no haber alcanzado la meta y, sobre todo y en general, no solemos estar muy a gusto con el modo como hemos hecho algunas cosas.

La pregunta es cómo pudo decir eso un Francisco de Asís a quien le vemos tan entregado, tan radical. ¿Por qué Francisco tuvo que decir, “comencemos, hermanos... porque poco o nada hemos hecho”? Que lo digamos nosotros: ¡vale!, pero ¿Francisco? ¿Qué no había hecho? ¿Qué le faltaba?

Y la única razón que uno encuentra es que Francisco, como cualquiera que se entrega a fondo a una causa, a una persona, al amor de Dios, tuvo la sensación de lo inmerecido, sensación de desproporción entre lo que recibe y da, entre lo que el otro merece y la criatura le puede ofrecer, entre lo que Dios ha puesto en juego y nosotros podemos darle; sensación de ser sobrepasado.

¿No suele ser esa la sensación de los que se aman? Por mucho que uno se entregue, siempre aparece el “más” del otro, el otro, es más, merece más; sensación de indignidad, de pobreza, de un amor inmerecido y de inmenso agradecimiento al mismo tiempo.

El “**comencemos, hermanos**” de Francisco es la actitud de quien se pone ante el Señor entregado y crucificado y lejos de sacar pecho con lo que uno ha hecho hasta entonces, le brota pedir perdón con humildad, invocar y agradecer la gracia de poder emprender de nuevo con alegría el camino del amor. El “comencemos, hermanos” supone la actitud no del fariseo sino del publicano del evangelio (cf. Lc 18, 9-14).

La suerte de poder comenzar

No se nos oculta que a veces comenzar de nuevo puede resultar una tragedia, como el eterno comenzar de Sísifo, en la mitología griega, que fue condenado a empujar perpetuamente un peñasco gigante montaña arriba hasta la cima, sólo para que volviese a caer rodando hasta el valle y así tener que empezar, indefinidamente, de nuevo. Para algunas personas comenzar un nuevo día o una nueva semana o soportar siempre de nuevo la pobreza propia o ajena, es sin duda una cruz, lo sabemos. A veces, la vida prueba a algunas personas y ¡de qué manera! y para ellos el tener que comenzar no es muy gratificante.

Y, sin embargo, con Francisco de Asís tenemos que afirmar que poder comenzar es una gracia y una gran suerte. ¡Cómo les gustaría tener ocasión de poder comenzar de nuevo a quienes están encarcelados por un hecho que nunca debieron cometer! O ¡cómo les gustaría poder reanudar de nuevo y comenzar una relación rota por una traición inútil o por una actitud continuada irresponsable! ¡Cómo le gustaría a aquel joven motero poder comenzar de nuevo y evitar aquel accidente fatal que ahora le tiene postrado parapléjico en una silla de ruedas de por vida! O ¡cómo le gustaría a aquel otro poder echar atrás las hojas del calendario y, evitando el juicio que tiene pendiente por ser “amigo de lo ajeno”, dejar las cosas en su sitio! ¿Poder comenzar? ¡Quién lo pudiera! ¡Es una suerte! Y ¡todos hemos experimentado alguna vez la suerte que se nos brinda de poder comenzar después de haber tropezado!

Subrayados para poder comenzar

- *Tomar la vida con lucidez y responsabilidad.* En su belleza y complejidad, la vida es delicada y no existe “ensayo general”, como en el teatro. No jugar, pues, con la vida, y menos con la ajena.
- *Escuchar los gritos de la vida misma.* La propia conciencia, los fracasos y los éxitos, los tropezones, las etapas de la vida, son antenas que detectan y anuncian la necesidad de rupturas y de nuevos comienzos.
- *Buscar siempre la voluntad de Dios.* Él siempre posibilita nuevos comienzos y no amenaza. Intentar hacer su voluntad en el día a día es lo que hace felices a las personas. “Dichosos aquellos a los que encontrará en su santísima voluntad”, dice Francisco (cf. Cánt 13).
- *Posibilitar nuevos comienzos a los demás.* Amnistiar al hermano que se equivocó, al compañero que “se pasó tres pueblos” y lejos de condenarles por lo sucedido, darles una nueva oportunidad de comenzar. Es el mejor modo de agradecer a los que me amnistiaron y me hicieron posible a mí un nuevo comienzo, Porque, como dice Silvia Schmidt, “el perdón es la única venganza aprobada por el universo”.
- *Tener la clarividencia, la humildad y la osadía de empezar* de nuevo porque “la vitalidad de las personas se revela no solamente en la capacidad de persistir, sino en la de volver a empezar” (Francis Scott Fitzgerald).

¡El nuevo comienzo del final!

La vida, ¡qué duda cabe!, ofrece muchas oportunidades de comenzar, pero estas se van agotando y desvaneciendo a medida que la vida misma avanza. Parece, pues, importante ser responsable con ella e ir aprendiendo a adecuar nuestras opciones con lo que gusta a Dios; es lo que Francisco de Asís intentó e hizo siempre.

De este modo, nos llegará el final, ese final que la mayoría teme, otros alguna vez lo desean, pero que para todos será, sin duda, un nuevo comienzo, donde Dios nos mostrará la belleza de lo definitivo, de la que esta vida es solo un reflejo. *Comencemos, hermanos* porque “aunque es tarde, es madrugada si insistimos un poco” (Casaldáliga).

ADMIRARSE Y AGRADECER

“Cuando ya no se admira, es que quizá ya no se ama”

“Ad-mirar” es mirar más allá

Es precioso, aunque delicado este tema de la admiración y el agradecimiento. La admiración, la alabanza, el agradecimiento son una de las claves de comprensión de Francisco de Asís.

Dice el diccionario de la Real Academia de la Lengua que admirar es “sentir gran estima o aprecio por alguien o por algo”. De tal modo que cuando admiramos la belleza de un amanecer o del atardecer, estamos mostrando gran aprecio a algo que ocurre cada día, pero que nos sorprende. Cuando admiramos a una persona, estamos valorando de forma intensa y apreciando alguna o muchas cualidades de esa persona.

Pero, para admirar es preciso también aprender a mirar más allá, miras de otra forma, mirar más al fondo. Si ante la salida del sol o su ocaso, hacemos una lectura solo desde el punto de vista físico, estamos haciendo una lectura legítima, pero no es la única posible. Si a una persona la miramos solo desde la perspectiva de su tamaño, de sus medidas, también es legítimo, pero resulta insuficiente. *Admirar* es, por eso, ad-mirar, mirar hacia otro horizonte, mirar de otra forma, mirar más allá,

Francisco de Asís, un gran admirador

Basta mirar un poco y leer los Escritos de Francisco para percibir al Francisco admirador de cuanto existe y se da: sus escritos están llenos de exclamaciones de admiración. Basta recordar el Cántico de las Criaturas: “Altísimo, Omnipotente, Buen Señor... Loado seas, mi Señor por el hermano sol, por la hermana luna...” (Cánt 3.5). Especialmente cuando se refiere a Dios, Francisco hace como todos los grandes admiradores: no tiene adjetivos suficientes para llamarlo e invocarlo. Y es que es propio de la admiración la exageración; cuando se admira se exagera hacia el bien; de igual modo que cuando no se ama algo se exagera hacia abajo, hacia lo negativo.

Especialmente al final de su vida, en su Testamento, Francisco de Asís rebobinando su vida y lo que han sido los momentos fuertes de la misma, no hace sino recordar agradecido todo lo que Dios ha hecho con él. “El Señor me concedió a mí el evangelio; y el Señor me concedió los hermanos; y el Señor me dio la fe y la eucaristía...” (Cf. Test 4.5.6). Parece que Francisco exagera, pero es que está tan admirado de la bondad de Dios y de su belleza que repite y repite la misma cantinela.

Aprender a admirar

Y esta es una aportación y una nota que Francisco de Asís pone a nuestras vidas; Francisco aporta esta lectura admirativa de la vida, de los seres, de la naturaleza, de los hombres, de Dios... La admiración y la alabanza resultan una clave fundamental para comprender la vida; Francisco de Asís intenta añadir nuevos verbos a nuestro vocabulario: agradecer, reconocer, alabar, expresar la bondad de cosas y de las personas, de Dios y del hombre. El hombre de hoy, como el de ayer, tiene una gran capacidad de admiración, pero a veces da la sensación de que por falta de uso se nos hubiera atrofiado. ¡Admiramos poco!

Enseñar algo más que a cuantificar

Hace ya tiempo me sorprendió mucho un relato de un padre que con su hijo pequeño fue a ver su nuevo chalet. El niño, al ver el chalet de su padre, exclamó admirado: “¡qué hermoso! ¡Qué colores tan bonitos!” Entre tanto, su padre se empeñaba en decir a sus amigos las medidas del chalet, las toneladas de cemento y hierro que había empleado y, naturalmente, su gran costo. Ahí es donde debemos aprender a añadir verbos a nuestro diccionario. Empleamos bien y con abundancia el verbo medir, contabilizar, cuantificar, pero ¿cómo se contabiliza la belleza de la lealtad o de la amistad? ¿Cómo se mide la entrega de un matrimonio que se quiere? O ¿cómo decimos a un hermano de comunidad que realmente es valioso para mí, aunque esté enfermo? Ahí interviene el franciscano y añade un verbo: valorar, dar peso a las cosas y sobre todo a las personas, admirar y agradecer.

¿Será una ingenuidad?

Yo sé que esto sonará a algunos como a poesía franciscana, como que no sirve para la vida. La vida es lucha y es dura y está llena de contrastes, de dolor, se dice. Vale solo lo que se mide, lo que aparece. Vales en cuanto tienes, dicen otros. Hay también quien me dirá que es difícil esta actitud de agradecimiento cuando la vida nos prueba, cuando los tuyos están probados por la enfermedad y sienten la humillación de la vida. Y así es.

Y, sin embargo, Francisco de Asís nos invita a ir más allá. Él no canta a Dios cuando las cosas le van bien, sino también cuando le van mal; canta al hermano sol, cuando la luz le hacía daño a los ojos, cuando a causa de un glaucoma apenas veía y se estaba quedando ciego; y no cantó a la hermana muerte cuando estaba pletórico de salud, sino precisamente cuando la sentía cerca, cuando su vida pendía de un hilo, cuando estaba a punto de morir.

Es que admirar es ad-mirar, ir más allá, mirar más al fondo de las cosas y ver que en ese fondo, detrás de toda esta historia, divina y humana, bella y dura a la vez, hay Alguien que se ocupa de todos nosotros. Dicen los biógrafos de Francisco que “cuando él veía una cosa bella, se acordaba del Bello”, del Señor (cf. 2Cel 165). Esta es la clave: más allá de nuestras vicisitudes y vaivenes, saber ver al que está queriéndonos y amándonos porque es nuestro Padre y admirar y agradecer.

Díselo, hoy, en vida

Agradecer supone también decirlo, expresarlo, sin dejarlo para cuando ya no tenga remedio. Lo expresa bien este texto de A. Rabate:

“Si quieres hacer feliz a alguien que quieres mucho, díselo hoy, sé bueno...”

En vida, hermano, en vida.

Si deseas dar una flor, no esperes a que se muera, mándala hoy con amor...

En vida, hermano, en vida.

Si deseas decir «te quiero» a la gente de tu casa, y al amigo de cerca o de lejos...

En vida, hermano, en vida.

No esperes a que se muera la gente para quererla y hacerle sentir tu afecto...

En vida, hermano, en vida.

Tú serás mucho más feliz, si aprendes a hacer felices a todos los que conozcas...

En vida, hermano, en vida.

Nunca visites panteones, ni llenes tumbas de flores, llena de amor los corazones...

En vida hermano, en vida”.

Pero también es verdad que por atrofia o por falta de costumbre, hay quien no sabe expresar lo que verdaderamente siente por los demás, lo que siente por su esposa, o por su esposo, o por su hermano o hermana de comunidad. Otros se escudan en esa frase fácil: “ya sabes que te quiero”, “ya sabes que estoy contento”.

¡Dios nos conceda ojos para ver más allá y admirarnos de toda la bondad que existe entre nosotros y expresarlo! La vida es también un himno: ¡cantémoslo! Comencemos hoy, con el que más cerca tenemos; no lo dejemos para un mañana que, tal vez, nunca llegará.

ESTAR Y ENCONTRARSE

De nuevo con las relaciones.

Queriendo aprender a vivir, que es lo que intentamos, nos encontramos siempre con el tema de las relaciones; y queriendo aprender de Francisco, él nos remite una y otra vez a la fraternidad, que es donde se hace el seguimiento de Jesucristo, primer y último porqué de la vida franciscana. Y volver a la fraternidad es esencialmente volver a la relación, a esa gozosa relación que tanto nos hace disfrutar, pero también es volver a ese “difícil y duro nosotros de la comunión” (P. Casaldáliga).

Andando y observando por las calles de la vida, lo mismo en las fraternidades que en los monasterios; lo mismo en las familias que en las empresas, aquí y también lejos, en lo que llamamos primer mundo y también en el tercero, por doquier, uno percibe que al final y en síntesis, el tema es siempre el mismo: la relación, la dichosa relación, esa hermosa, pero compleja operación de las relaciones con uno mismo y con los demás. Quien ha aprendido la relación, ha dado con el secreto de la vida y ha aprendido a vivir; quien no ha aprendido a relacionarse, no ha gustado la vida.

Los verbos para el encuentro y la relación.

Francisco vuelve con frecuencia al tema de la fraternidad y las relaciones; es un auténtico experto en fraternidad y en las relaciones. Hay un texto de su regla que puede ser también una pauta hoy para aprender a vivir y relacionarse. El texto es el siguiente:

“Y dondequiera que estén y se encuentren unos con otros los hermanos, condúzcanse mutuamente con familiaridad entre sí. Y exponga confiadamente el uno al otro su necesidad, porque si la madre nutre y quiere a su hijo carnal, ¿cuánto más amorosamente debe cada uno querer y nutrir a su hermano espiritual? Y si alguno de los hermanos cae enfermo, los otros hermanos le deben servir como quisieran ellos ser servidos” (2R 6,7-9).

Dos verbos de calado.

Para comprender bien el alcance del texto citado, es bueno no olvidar que entonces, en la primitiva fraternidad de Francisco, los hermanos llevaban vida itinerante, cada pareja de hermanos o pequeño grupo de ellos andaban por su lado, sin apenas verse ni encontrarse; su casa era el ancho mundo y su claustro, los caminos de los pueblos y ciudades. Era normal, sin embargo, pensar

que en algún momento los hermanos pudieran encontrarse en algún cruce de caminos.

Por eso dice Francisco: *«dondequiera que estén y se encuentren unos con otros»*. **Estar y encontrarse**. Y es preciso pararse para percibir lo que cada uno de estos dos verbos quiere decir. *Estar* ante el hermano. *Encontrarse* con el hermano. Parecen dos verbos sin mayor transcendencia, simples, como de paso y, sin embargo, resultan tan urgentes e importantes o más que en tiempos de Francisco. Éste subraya que la primera forma de relacionarse es algo tan sencillo como saber **“estar y encontrarse unos con otros”**.

Algo más que curiosear con el hermano.

La mayoría de nosotros hoy ciertamente no llevamos vida itinerante; aunque nos desplazamos mucho, tenemos un “hábitat” estable, un hogar al que volvemos o una fraternidad como lugar fijo de referencia; estamos asentados en nuestras familias y trabajos, pero existe otra itinerancia que es la de la mente y la del corazón que camina errante, en pos de posadas que nos alberguen y abriguen, en pos de sosiego, buscador de algo que vaya colmando el hambre y sed de felicidad, de quietud, de sentido.

Y es en medio de nuestro estar y andar por la vida, donde se nos ha vuelto importante y urgente el “estar y encontrarnos unos con otros”. Estar y encontrarse, pero hay formas de estar y estar, así como hay formas de encontrarse y encontrarse. Hay formas de estar que resultan ofensivas, distantes, displicentes, lejanas, frías... Hay también formas de encontrarse sin calidad, sin calado; más se parecen a una cosificación de las personas, que, a un encuentro en hondura, que deja paz y da mucho gozo.

Recuerdo una anécdota que puede aportar luz. Pasaba mucha gente curiosa por una casa para la desintoxicación y reinserción social de toxicómanos, Estos, hartos de la curiosidad malsana de bastantes que los visitaban como “bichos raros” y también por los comentarios superficiales de otros, habían clavado en la puerta un letrero que decía: “Gracias por la visita. Esto no es un zoológico”.

A veces pasamos así ante los demás, como si de un paseo por el zoológico se tratara; sin importarnos mucho la realidad real del otro, sin ningún compromiso profundo ni verdadero con el otro ni con su suerte. Eso no es relacionarse; eso es *pasar* por la vida, curiosear con ella.

Los detalles del estar y encontrarse.

¿Qué puede significar, pues, para nosotros hoy este estar y encontrarse mutuamente?

Cosas tan sencillas como:

- *Dar al encuentro entre hermanos el lugar y la importancia que tiene; hacer por encontrar espacios y tiempos de encontrarse, de celebrar, de estar; saber quedar con los otros, priorizando el encuentro con los demás sobre otras actividades y urgencias;*
- *posibilitar al hermano espacios, como de “zona verde”, donde pueda expresarse y explayar sus vivencias y donde pueda oxigenarse y recuperar la libertad, la autoestima y el aliento de la vida;*
- *dar tiempo amplio, sin prisas y espacio cordial para sencillamente «estar» con el hermano/a, de modo que posibilitemos un encuentro real con él, con su momento, con lo que le pasa, con lo que le preocupa o quizá le hace sufrir;*
- *sospechar siquiera que detrás de lo que dice o calla o sugiere, hay un ser inquieto, quizá herido por la vida, quizá feliz por algún resultado y que en todo caso le gustaría poder compartir, proponer y exteriorizar; reconocer y valorar, a veces discretamente, siempre cordialmente, lo que el otro es y puede llegar a ser gracias a encuentros sucesivos y constantes;*



*Preparación del XXII Capítulo General
Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor*

- *mirar al otro como a “hijo de Dios”, como a un ser valioso, como a una promesa en quien anida un gran misterio.*
- ... ¿y qué más?

Más que de hacer un listado de normas a cumplir, se trata de un estilo y modo de ser y de relacionarse, de sospechar que el hermano es un ser vivo, dotado de inmensas posibilidades. pero que solo podrán desplegarse con la ayuda y complicidad del hermano, del amigo. Hoy, en esta sociedad tan vertiginosamente veloz, de la era del tren de alta velocidad y de las autopistas informáticas y de las otras, corremos el riesgo de pasar velozmente junto al hermano como quien pasa ante una flor o ante un cuadro sin fijarse, distraídamente, sin centrarse en ello. Es preciso pararse ante el hermano, mirarlo de frente, aprender a *estar* con él, *encontrarlo* allí donde él anda, a veces en sus sótanos oscuros y rescatarlo, otras en su cielo redescubierto y compartirlo. Pero encontrarlo en su momento y verdad.

Sin el encuentro cuidadoso y sin una relación cálida, el ser humano languidece y muere. El cuidado de la relación, el saber encontrar al otro donde está y es, posibilita y facilita el camino por la vida, que a veces se vuelve pesada. ***¡Estar y encontrarse!*** He ahí dos citas que nos siguen esperando.

J. Arregui, ofm